

LA NATURALEZA DEL TRÓPICO: AYER Y HOY

Presentación en el Taller de Bioseguridad celebrado en Cartagena

Por: Margarita Garrido
Directora de Colciencias



s difícil para mí como historiadora resistir a la tentación de abrir este congreso sobre bioseguridad recordando que la valoración del trópico y de su biodiversidad no fue siempre positiva, como lo es hoy, y que los temas sobre estabilidad y variación de las especies tienen una larga historia.

En el siglo XVIII, en el contexto de la Ilustración y cuando las Ciencias Naturales apenas se distinguían de la Filosofía y la Física, apareció la primera tesis ilustrada sobre la naturaleza del trópico. Y no fue propiamente una valoración positiva. Por el contrario, Buffon sostuvo entre 1757 y 1764 que América era un continente débil e inmaduro. En seguida el Abate prusiano Cornelius De Pauw extendió esa tesis de naturaleza vil a los hombres originarios de América, caracterizándolos como cobardes, pusilánimes, estúpidos y frígidos. En su obra, en 1770, había publicado sus *Défense des Recherches Philosophiques sur les Americains* y en la reedición de 1776-1777 de la Enciclopedia, con su artículo sobre América, la tesis tuvo amplia difusión. William Robertson, con su *Historia de América* (1777), popularizó la tesis en Europa.

La tesis se sustentaba en varias observaciones. La ausencia de grandes mamíferos sugería inferioridad y ésta era confirmada por la abundancia de las criaturas pequeñas muy cercanas al suelo, probablemente surgidas del mismo y muy lejos de Dios, y por tanto de baja jerarquía. La multiplicidad de especies animales y la heterogeneidad de los bosques, (tan distintos de los europeos, de pocas especies y mayor orden) fueron la evidencia para la interpretación del trópico como de naturaleza inestable, y por tanto, desconfiable, pues esas especies diminutas parecían mutar sin cesar. La gran humedad sugería inmadurez. Aún más parecería que las especies traídas del viejo mundo, se degeneraban o corrompían. Aun los humanos eran inferiores en físico y en ánimo.

En el siglo XVIII, la biodiversidad del trópico fue vista en el espejo de Europa como una desventaja. Así quedó consignado en el artículo de la Enciclopedia, donde se reunía la suma del saber, del nuevo saber iluminado. Pero hubo una respuesta americana. Algunos criollos respondieron con tratados que desmentían la naturaleza malsana del continente con especial referencia a las riquezas naturales de cada país y enaltecieron la historia de sus habitantes antiguos. Los primeros en hacerlo fueron los jesuitas expulsados, entre quienes sobresalió además de Francisco Xavier Clavigero, exaltado defensor de América y de los antiguos mexicanos, el chileno Juan Ignacio Molina quien defendió, aunque con el mismo inflamado orgullo, la diferencia de la naturaleza americana ante la proclamada inferioridad, y la diversidad de sus pueblos contra la creencia muy extendida de que eran indiferenciables en su físico y su ánimo. No hubo un jesuita defensor del Perú, pero en su lugar lo hizo el Conde italiano Gian Rinaldo Carli, con sus *Cartas Americanas* en las que exaltaba a los Incas y en segundo lugar a los Aztecas, aunque no defendía a los "salvajes". Para él, De Pauw había heredado el alma de Valverde. (!) De todas las ciudades coloniales, sus colegios y universidades, y especialmente de la naturaleza de la Nueva Granada y Venezuela se ocupó en términos de aportar precisiones y ponderaciones en medio del debate de apologistas y detractores, el padre Felipe Salvador Gilij, jesuita italiano, quien vivió en Santa Fe y fue misionero durante 18 años en el Orinoco. El padre Juan Celedonio Arteta, de la provincia de Quito, escribió contra Raynal. A la defensa

de la naturaleza americana iniciada por los jesuitas expulsos se sumaron más tarde el economista Manuel de Salas en Chile, Mariano Moreno en Río de la Plata, los médicos peruanos José Manuel Dávalos e Hipólito de Unanue, Juan de Velasco en Quito y Francisco Antonio Zea en Nueva Granada. Francisco José de Caldas, astrónomo y botánico, en cambio, aceptó las tesis de Buffon, no intentó defender la fauna neogranadina pero exaltó su flora y como Unanue escribió sobre la influencia del clima en los seres organizados. Después Humboldt produciría una concepción nueva del paisaje tropical.

Hoy, en evidente contraste, se nos ofrece la imagen de la biodiversidad como riqueza, como capital extraordinario, como banco genómico, como promesa de futuro. Se cuentan especies y se compete por tener una mayor variedad, se considera como tesoro. La biodiversidad en este nuevo espejo es positiva y alienta visiones de promisorio futuro. Por eso hay que cuidarla y aprender a aprovecharla por nosotros mismos.

Ya no se trata de defender la naturaleza tropical en un discurso sino de conocerla a fondo. No es casual que los defensores contra la llamada “calumnia de América” en el siglo XVIII fueran los más educados. Hoy sabemos que necesitamos tener un grupo grande de científicos para poder aproximarnos adecuadamente a la mejor comprensión, a la mejor relación y al mejor uso de nuestra naturaleza. Quien conoce la naturaleza se prepara para aprovecharla.

Hace treinta años se fundó Colciencias y hace diez años se creó el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología y a su amparo se ha formado una capacidad humana científica y tecnológica pequeña pero formidable que debemos cuidar y sostener. El sistema está inspirado en una visión de futuro que no debemos perder de vista, es la misma visión que nos ofreció la misión de sabios y que nos ha costado mucho construir. Dentro del sistema nacional de ciencia y tecnología están entre otros los programas de Ciencia y Tecnología Agropecuaria, del Medio Ambiente, de Salud y de Biotecnología. En su actividad, además de formar capital humano, se ha apoyado los proyectos de investigación, los grupos y los centros, los centros de desarrollo tecnológico y la sistematización de la información sobre el sector.

Sólo fortaleciendo nuestra capacidad endógena de producir conocimiento podremos apropiarnos nuestra diversidad. Este fortalecimiento debe darse desde la enseñanza de las ciencias en primaria y la valoración colectiva de su importancia. No podemos esperar salir adelante sólo con soluciones importadas que no consulten la matriz compleja de nuestra naturaleza tropical y las formas históricas en que las diversas sociedades se han relacionado con ella. Debemos pues fortalecer nuestra capacidad científica para construir una economía, una sociedad del conocimiento y una democracia. También una democracia del conocimiento. Ello nos permitirá conjurar las fuerzas de la desconexión y negociar una posición no sólo honrosa sino que garantice unas mejores condiciones de vida a los colombianos.

Todo ello implica renovar la relación entre ciencia y sociedad. Tenemos que construir unas relaciones de confianza basadas precisamente en el entendimiento por parte de la sociedad de lo que hacen los científicos y la obligación de estos de dar cuentas permanentemente a la sociedad. Es pues indispensable que las preguntas sobre las implicaciones éticas y los efectos medio ambientales acompañen a los proyectos desde el principio. Y no podemos contentarnos con respuestas que solamente afirmen que no hay daño ético o medio ambiental, sino que debemos preguntarnos francamente, y repito, desde el principio y en cada caso, a qué tipo de sociedad humana contribuimos cuando destinamos nuestros esfuerzos a uno u otro resultado. Esas son las bases de la bioseguridad, pues se trata de la seguridad humana y de la conservación de la naturaleza y de las mejores relaciones entre los seres.

A Colciencias no le corresponde hacer la valoración del riesgo de los productos, pero como secretaría del Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología le preocupa que existan y se implementen las estrategias para formar capacidad humana científica y técnica con una formación integral, capaz de valorar nuestra naturaleza y de generar conocimiento nuevo, de trabajar con ella, y de construir relaciones de confianza y de mutua orientación con la sociedad guardando la autonomía y la integralidad científicas. En ello tienen parte y responsabilidad los medios de comunicación. Sabemos que de esa capacidad y de que existan las condiciones propicias para el desarrollo de proyectos, y de empresas de conocimiento dependerá en gran parte el futuro del país. ■